

PREGÓN DE EXALTACIÓN A SAN GINÉS DE LA JARA

Sr. San Ginés de la Jara

Sr. Capellán y Párroco de San Ginés de la Jara

Hermano Mayor de la Cofradía de San Ginés de la Jara

Hermano Mayor de la Hermandad de Romeros de San Ginés de la Jara

Ilmo. Sr. Hermano Mayor de la Cofradía California

Procesionista del Año

Cofrade del Año, Doña Mercedes Sánchez Balsalobre

Pregoneros de otras ediciones

Representante de la Hospitalidad Santa Teresa

Señores Presidentes de las Agrupaciones Californias del Cristo de la Misericordia, Virgen del Rosario y Ósculo

Hermano Mayor de la Ilustre Cofradía del Santísimo Cristo de los Mineros de la Unión

Alcalde Pedáneo de San Ginés de Murcia

Presidente de la Cofradía del Cristo Crucificado de Murcia

Señoras y Señores

Ante todo, expresar palabras de gratitud al Sr. Párroco y Hermano Mayor de la Cofradía de San Ginés, que han tenido la gentileza de pensar en mí para pronunciar este pregón. Personas encantadoras, hombres de bien siempre al servicio de la Comunidad Parroquial.

Me consta que, por el momento, éste será el último pregón que nuestro queridísimo José Manuel presidirá, ya que por razones de obediencia por su ministerio, el próximo mes pasará a Calasparra y al Santuario de la Esperanza para servir a Dios con el mismo celo que aquí. Se va pero siempre estará en nuestros corazones y volverá para regocijo de todos, para contagiarnos de su siempre buen hacer pues es una persona que llega a lo más profundo por el entusiasmo y cariño que pone en su andadura como sacerdote.

Mi agradecimiento a mi generoso introductor que me presenta alegando méritos que yo solo reconozco como entusiasmo a las Instituciones que me apoyan, cosa que me emociona y reconforta en momentos difíciles.

Permitidme que sea la devoción la que guie mi pregón hacia San Ginés de la Jara, queridos feligreses, cofrades y romeros.

Según los cálculos más exactos, debió nacer San Ginés de la Jara a mediados del siglo VIII, de nobilísima familia francesa emparentada muy próximamente con la Imperial Carolingia, y según las crónicas, hubo de ser hermano de Roldán y primo de Oliveros, sobrinos de Carlo Magno y heroicos paladines de gesta.

Renunció al brillante porvenir que su alcurnia le brindaba y abandonó la corte y el suelo de Francia para venir a España en concepto, mitad de penitente, mitad de cristiano aventurero a usanza de las costumbres caballerescas de la época.

Después de haber recorrido en varias direcciones, dispuso el Cielo, que fuese arrojado al mar durante una travesía crítica y tempestuosa por el Mediterráneo, a fin de arribar navegando sobre su manto a las playas entonces desiertas y feracísimas del actual Cabo de Palos.

Entonces ya existía un Monasterio en el lugar donde hoy se halla el actual convento en lamentable estado de ruina debido a su abandono por lo que se encuentra incluido en la lista roja de patrimonio en peligro por la Asociación Hispania Nostra. Me apena sobremanera haber leído hace unos días un artículo en un diario local que hablaba del vandalismo que había causado nuevos daños al Monasterio. Consta que nuestro Santo hubo de vivir vida perfectamente solitaria y eremita, en los montes de sus cercanías maravillosamente aptos para la vida contemplativa.

Allí deslizóse suavemente su existencia, suspendido entre el Cielo y la Tierra, y en continua comunicación con Dios y sus Ángeles, sin

otros incidentes para nosotros conocidos, que el de la visita de algunos de sus familiares, que con tierna e incesante solicitud le buscaban para restituirlo a la familia y a la Patria.

El Santo los despidió con tan respetuosas cuanto dolorosas palabras reveladoras de su incommovible resolución de terminar sus días en la soledad del Monte Angélico, no sin antes de encomendarles un profético mensaje para Carlo Magno, disuadiéndole de su proyectada y funesta excursión a España, terminada como se sabe con la derrota de Roncesvalles.

Poco tiempo después de la partida de su hermano Roldán y habiéndole el Señor revelado una gran ruina y perdición de los suyos, al parecer, el fracaso de la campaña de Carlo Magno en España, año 778, enfermó y viendo su próximo fin, bajó al Monasterio donde rodeado y auxiliado por los monjes entregó su bendita alma a Dios, siendo enterrado en el sepulcro de la cripta de la Iglesia del Monasterio.

Pasado algún tiempo de su muerte, apareció el alma de San Ginés al abad del monasterio aconsejándole que se marcharan los monjes de aquel lugar a un sitio más conveniente por causa de una calamidad pública que pudiera ser la invasión que el año 779 hizo Abderramán I en el reino cristiano, aunque tributario de Teodomiro, destruyéndolo e incorporándolo al Califato de Córdoba.

Los sagrados restos de San Ginés de la Jara aunque al morir fueron depositados en el sepulcro de la cripta de la iglesia del monasterio, para evitar nuevas tentativas, además de la fracasada de llevárselos a Francia, por mandato y revelación del Santo se sepultaron en sitio desconocido de la huerta del monasterio.

Durante varios siglos se tributó culto a San Ginés de la Jara en varias provincias de España sobre todo en Murcia, Almería, Cuenca, Toledo y Huelva, y en algunos lugares interrumpido, pero en San Ginés de la Jara de la Diputación de El Beal, del término de Cartagena donde

existe el sepulcro del Santo y en Purchena, provincia de Almería, jamás faltó la devoción a San Ginés.

Ante las numerosas y célebres peregrinaciones que acudían en tiempo no muy remoto al sepulcro del Santo, se cree que se levantó en tiempo no posterior al siglo XIV un monasterio y templo con la advocación de San Ginés de la Jara en el mismo lugar y sitio donde la tradición no interrumpida y aún en nuestros tiempos, coloca a nuestro Santo, en centro de públicas y concurridas romerías.

Se cuenta que siendo alcalde de Cartagena Enrique Escudero de Castro y Concejal de turismo José Antonio Alonso, en el año 1982, ambos quisieron recordar a los Cartageneros que el Copatrón de Cartagena era San Ginés y hablaron con los Amigos del Caballo y Rocieros para organizar unos pasacalles para exaltación del Santo. Repartieron vinos y frutos de nuestro campo y se realizó con tal éxito, que se fue repitiendo año tras año prolongando el itinerario hasta el Monasterio de la Jara, como antiguamente se hacía, para pedirle a San Ginés año de agua y buenas cosechas. Portaban, al principio, una imagen preciosa, pequeña, que prestó el escultor Cartagenero Ardil y después se cambió por otra figura regalada por unas monjas de un convento de Murcia. A modo de anécdota, en una de las romerías, se espantó el mulo que llevaba el Santo y la figura se rompió apareciendo debajo la talla original.

Pasan los años y las romerías crecen en importancia y ayer precisamente, visitando barriadas y diputaciones se realizó con el éxito y el fervor que ponen todos sus romeros exaltando a su Patrón, con el delirio llegando a su cúmulo, cuando más irreal parece, cuando la voz se les quiebra en la garganta, cuando las lágrimas de pasión se confunden con el histerismo de la risa, cuando la mirada se hace oración. Benditos festeros que así honran a San Ginés, bien podríais sentirlo así:

¿Por qué Cartagena se calla,
por qué Cartagena no duerme
por qué Cartagena está inerme
y hace de su Fe muralla?
¿Por qué Cartagena es vasalla
del Santo de la cristiandad?
¿Por qué Cartagena es verdad
con un amor que avasalla?
Porque pasa San Ginés
Y sus romeros cantando.

¿Por qué Cartagena enmudece
y es de la historia proscenio
y en este nuevo milenio
con su Santo permanece?
¿Por qué Cartagena florece
cuando quiere florecer?
¿Por qué quisiera coger
la cruz con sus propias manos
Lo sabéis cartageneros
porque pasa San Ginés
y sus romeros cantando.

¿Por qué Cartagena es clamor
por qué Cartagena está en vela,
por qué llora y se consuela
llorando sin el dolor?
¿Por qué Cartagena es amor
y a sus plantas se encadena?
¿Por qué de gloria se llena
esta tierra nazarena?
Porque pasa San Ginés
y sus romeros cantando.

¿Por qué Cartagena es salud
aunque tenga mucha angustia?
¿Por qué su fe no se mustia
ni se apaga su virtud?
¿Qué estigma de juventud
nos quedó en la Tierra, hermanos?
Ay amigos, mis hermanos
es que pasa San Ginés
Y sus romeros cantando.

El Papa Pablo III, el 7 de Mayo de 1541, concedió que se celebrará la festividad el 25 de Agosto, hecho que se consignó en la lápida de mármol incrustada durante mucho tiempo en los muros del templo.

El 27 de Abril de 1677, reunido en Cabildo el Ayuntamiento de Cartagena, hizo voto de reconocer por Patrono de la ciudad a San Ginés de la Jara, a quien se le consideraba como tal desde tiempo inmemorial.

Cartagena se distinguió desde un principio en el culto a este Santo, y tuvo sus imitadores en otras poblaciones de España, como antes indicaba, citando a Purchena en Almería, muy tenaz y consecuente hasta hoy. El Ayuntamiento de Almería en escrito de 18 de Septiembre de 1676, noticiaba al Abad del Convento de San Ginés de la Jara, que por haber cesado una epidemia por la intercesión del Santo, lo reconocía por Patrón de la Ciudad, declarando festivo el 25 de Agosto, día de su conmemoración.

Aunque todos los Santos al ser aprobados y canonizados por la Iglesia, tienen derecho a un culto específicamente igual, llamado de Dulia, es manifiesto que difieren notablemente en las circunstancias de universalidad de frecuencia y de esplendor en los respectivos homenajes que se les tributan.

Sin entrar en el examen de los múltiples factores que originan tales diferencias es San Ginés, uno de los principales por su don de milagros y favores con que el Señor glorifica a su siervo después de su muerte.

Enteramente desconocido del mundo por la misma naturaleza de su vida eremítica, lo que explica la escasez de noticias biográficas, se dio pronto a conocer como glorioso taumaturgo. Se pondera el conjunto de milagros de que está llena su vida y sobre todo el singularísimo de ir caminando sobre un manto por encima de las olas alborotadas del mar, de los que nos quedan testimonios en cuadros y pinturas muy antiguas.

El Padre Huélamo reduce ingeniosa y sutilmente a tres grandes categorías, los milagros obrados por San Ginés, según los fueron en el agua, en el fuego o en los demás elementos.

En el capítulo 14 de su notable vida, después de llamar a San Ginés de la Jara, Almirante del Mar, al que como tal saludaban en su tiempo con salvas de artillería, los barcos al cruzar por delante de Cabo de Palos, refiere el milagro obrado en 1.661, a favor de unos humildes pescadores, Francisco y Pablo Jorquera con Alfonso García, que apresados por piratas moros, lograron con su auxilio fugarse y arribar sanos y salvos a su santa Casa, el Convento de San Ginés de la Jara, después de haber luchado en espacio de cuatro leguas, desesperadamente con las olas nadando y sostenidos solo por la Fe a San Ginés y por su poderoso favor.

En 1573 libró de un seguro cautiverio de berberiscos a otros 16 pescadores de Cartagena, enviándoles un viento favorable que alejó sus barcos del peligro.

También se conoce el milagro de la resurrección de un ilustre joven de Murcia. Después de estar depositado tres días encima del altar de su sepulcro, como si despertara de un profundo sueño, se incorporó y dijo: “Bendito sea nuestro Señor Dios y mi Señor San Ginés que me ha guardado hasta ahora”. En cumplimiento de una promesa previa, permanecieron año y medio el hijo y el Padre sirviendo al Monasterio.

Aunque en toda suerte de enfermedades atendía Dios a la intercesión de San Ginés de la Jara, especialmente en las quebraduras de los niños, aunque fuesen irremediables para la ciencia humana, como el caso del Marquesito de los Vélez, al llevarlo su madre al Sepulcro del Santo, quedando perfectamente sano.

Milagros con que favoreció a un moro de Almería vino a confirmar como el que obró con otro moro principal de Granada, de un modo admirable la inmemorial tradición de que San Ginés de la Jara fue venerado también a su manera por moros de regiones comarcanas, al igual que en otro tiempo Santa Águeda de los Gentiles.

Señalemos que San Ginés de la Jara aparece citado en el “Año Cristiano del Padre Croisef de 1853, el 25 de Agosto, en unión de los Santos del mismo nombre, uno notario de Arlés y otro cómico o representante.

Escribieron acerca de este Santo, además del Padre Huélamo en 1602, el Licenciado Camerino del siglo XVI, varios escritores del siglo XVII, XVIII, XIX y el Padre Salvador Esteban en el siglo XX.

Haga el glorioso San Ginés que su imagen se convierta en fuente de inspiración para artistas y literatos, como lo fue el escritor y poeta cartagenero Francisco Arróniz, en su romántica leyenda de “La Torre Ciega”, y sobre todo en objeto de popular y fervorosa veneración para todos los buenos cartageneros que se la deben a título de Santidad, de agradecimiento y de reparación.

Solo los santos pueden inspirar la mejor literatura que enriquece el alma y predispone en sus textos antológicos, la esencia de un cristianismo que a través de XX siglos, se hace una historia singular gracias a un Nazareno Poderoso Gran Señor, que nos legó la Fe y la Caridad, transmitidas hasta hoy por sus seguidores, los Santos, que necesitaba en su vid para proclamar la vida eterna.

Pero..... para ser Santo, ¿qué es necesario hacer? ¿qué méritos demostrar? ¿Cómo llegó a serlo San Ginés de la Jara?.

Estoy convencido de que entendía de cruces. Rememoraría a lo largo de su vida el VIA-CRUCIS que hace más de dos mil años, protagonizó el Maestro Divino de forma voluntaria, pues por acercarse a nosotros, no dudó en padecer de la forma más horrorosa a manos de una humanidad que no supo o no quiso entender el Mensaje que intentaba transmitirnos.

Entendió San Ginés que fueron los pecados de ayer, de su entonces y de siempre, los que llevaron a Cristo al VIA-CRUCIS de sangre y de muerte.

Ser Santo, para San Ginés de la Jara, consistía en llamar bienaventurados a los pobres, hablar de amor a nuestros enemigos.

Para nuestro Patrón, la oración era la forma más hermosa de servir a Dios, en su condición de eremita, allá en el Monte Miral. Amaba la cruz de Jesús de Nazaret, carpintero desde niño, que sabía como coger un pesado madero, como llevarlo sobre el hombro.

Comprendió muy pronto que para el Maestro, la madera era como una gran amistad pues la amaba y conocía sus secretos.

San Ginés de la Jara sabía que había que levantarse siempre, ponerse en tensión, cargar con la cruz de cada día, seguir adelante..., pues era el gesto de Cristo y el de los cristianos.

Supo ponerse en el lugar de Simón de Cirene para compartir la cruz del Maestro, acariciando el madero que tenía algo, pues era el Redentor quien llevaba la cruz y gran parte de las nuestras: para decirnos que los seres humanos debemos ayudarnos unos a otros a llevar nuestras cruces, pues hay muchos que no pueden llevar la suya y necesitan que nosotros les echemos una mano.

San Ginés de la Jara, rezaba por nosotros, los flojos, los cansados de todos los tiempos, los que nos quedamos tumbados en el barro de nuestro pesimismo, en el barro de nuestra flojedad.

Fue de noble cuna y aceptó quedarse sin nada, con la pura verdad de su cuerpo, apartándose de lujos y comodidades, de la ropa, de la mentira y los enredos de apariencias, despojándose de la soberbia de la vida, de los apegos y disfraces.

Comprendió que la cruz era nuestra empresa y nuestro triunfo. La cruz para la que estamos hechos y de la que huimos como necios.

Sabía que el cuerpo Místico de Jesús, seguiría recorriendo el camino del Calvario hasta el fin de los siglos y que seguiría sufriendo en todos los hombres y mujeres que nos vamos relevando en el camino de la cruz: de los que caemos tantas veces, de los que no ayudamos a llevar la de nuestro hermano, de los que dejamos la nuestra sobre los hombros de los demás, sabiendo que Cristo salió del sepulcro y empezó otra vez el camino de la cruz, por todos los caminos y por todas las calles del mundo, pues recorriéndolos con Él, nos llevaría al triunfo.

Le decía al Gran Señor: tú pudiste levantarte tres veces, trescientas, tres mil, tres millones.... podrás levantarte siempre.

Ginés pedía perdón al Redentor, por no saber lo que hacemos, cuando le vemos sufrir en masas inmensas de seres humanos a quienes también han despojado de lo puesto para ponerlos desnudos en la cruz y sabía que estarían en el Paraíso, solo los que estuvieran clavados en su cruz, sabiendo aceptarla y amarla.

Nuestro Patrón tenía sed de amor noble: de los que no pueden formar un hogar, la sed de la salud de los enfermos que no tienen medios para curarse, la salud de vivir la vida digna de los seres humanos.

El día 26 de Agosto de 1917 tuvo lugar en la Catedral Antigua de Cartagena una solemne función religiosa para inaugurar la Cofradía de

San Ginés de la Jara que realizó más el altísimo valor histórico y artístico que para Cartagena tenía aquel antiquísimo templo, primitiva Catedral Metropolitana de la provincia Romana-Cartaginense. Se bendijo exponiéndola al culto público, una preciosa Imagen de San Ginés de la Jara, adquirida en Murcia del notable escultor Francisco Sánchez Araciel, por los respetables hermanos de la Cofradía.

Hoy la Cofradía de San Ginés, realiza la misión continuadora de difundir el bello legado heredado de sus antepasados. Y lo hace con verdadero sentido de apostolado. Admirables personas que dedican parte de su tiempo en honrar a su Patrón como antes otros lo hicieron, en pura generosidad evangélica.

La Hermandad de San Ginés de la Jara permanece en el tiempo y en las generaciones desde hace siglos, porque nacieron del pueblo para el pueblo agrupando a hombres y mujeres que formaban una perfecta comunidad, esperando cada año, con renovada ilusión la conmemoración de la festividad del Patrón Milagroso, del que la tradición dice, que cuando estaba enfermo, salía su mulo solo con las alforjas vacías y volvía con comida recogida en los pueblos.

Insto a todos, a los cofrades que sigan el ejemplo de San Ginés de la Jara, que continúen en su labor de devoción hermosa de servicio y recen conmigo:

Ginés de los altos designios,
Santo de grandes milagros,
aquí nos tienes rendidos,
a tu infinita grandeza,
a tu gran misericordia,
a tus bondades inmensas,
para ofrecerte homenaje
y para hacerte una ofrenda.

Queremos darte San Ginés
de nuestro amor una prueba,
recordando al mundo entero,
aquella gran epopeya,
que te llevó hasta esta tierra,
donde tú eremita fueras,
pidiendo al eterno Padre,
nos diera la vida eterna.

Porque es nuestro deseo,
y es justo que esto así sea,
Sednos propicio San Ginés,
que oiga el mundo nuestra ofrenda,
para que a tus pies rendida,
la humana naturaleza,
pida contrista perdón,
y hacía ti sus ojos vuelva.

Por los siglos de los siglos,
amén, amén, que así sea.

En un pregón no se dice todo, se dice una parte del todo.

Por eso nunca saldrán de mis labios ni de mi pluma las palabras
“He dicho”, porque éste no es un pregón cerrado. No sé ni quiero
terminarlo, lo dejo abierto, muy abierto, para que San Ginés de la Jara, le
ponga punto final cuando Él quiera.

Muchas Gracias.

Santiago Díaz Izquierdo